

Venezuela: la crisis del rentismo petrolero y las opciones de política económica

Villalobos, Carlos Luis*

Resumen

En el presente trabajo se analiza el comportamiento de largo plazo de la economía venezolana. De 1933 hasta 1978-1980 existe un primer período de crecimiento en el cual el gasto público, financiado por la renta petrolera, conduce el crecimiento, mediante continuas ampliaciones del mercado interno, financiamiento de la expansión de la inversión y aumentos en el salario real, mientras que de esos últimos años hasta hoy ocurre una caída del PIB por habitante, a la vez que la renta por habitante, la tasa de inversión y el salario real muestran una tendencia a la baja. Como marco explicativo se discute la categoría crisis y se adopta la visión de “crisis del modelo rentista petrolero de la sociedad venezolana”, que abarca también la crisis del sistema político, además de la evidente infuncionalidad del sistema económico. La parte final se dedica a discutir sobre aspectos estratégicos de la política económica, para concluir que se requiere que la sociedad venezolana obtenga mecanismos para procesar consensos y avanzar en la definición de objetivos nacionales a fin de superar las inconsistencias e incoherencias que ha mostrado la política económica en esta época de crisis y, se analiza el papel de primer orden que ha desempeñado el Estado en las políticas económicas comúnmente designadas como exitosas, para mostrar su importancia en la conducción de las sociedades hacia objetivos de crecimiento económico.

Palabras clave: Crisis política-económica, renta petrolera, crecimiento, Estado venezolano, política económica.

Venezuela: The Oil Income Crisis and Political, Economic Options

Abstract

This paper analyzes the long term behavior of the Venezuelan economy. From 1933 until 1978-1980, there was economic growth in which public expenditures, financed by oil income, lead

Recibido: 01-05-29 . Aceptado: 02-01-14

* Economista. Profesor-investigador. Director del Instituto de Investigaciones de las Facultad de Ciencias económica y Sociales de la Universidad del Zulia. Tel.0261-7596584 -13. E-mail: carlosluis@cantv.net

to growth through continuous widening of internal markets, financing of investment expansion and increases in real income. However, after the period mentioned until the present, GNP and real income per capita have fallen, and investment and real salary levels tend to fall. As a manner of explaining this situation the crisis category is discussed, and a vision of crisis in the Venezuelan oil income model is adopted, which also includes the crisis in the political system, as well as the evident dysfunctional-ism of the economic system. The final part of the paper discusses strategic aspects of political economy, and concludes affirming that mechanisms for processing consensus in the definition of national objectives are required in order to overcome inconsistencies and incoherence demonstrated by economic policy in times of crisis. The primary role of the state in economic policies generally accepted as successful is analyzed, in order to demonstrate its importance in guiding society towards objectives of economic growth.

Key words: Political-economic crisis, oil income, growth, Venezuelan state, economic policy.

Introducción

Las reflexiones que a continuación se presentan deben leerse en un doble movimiento: por un lado, trata de diagnosticar como se destruyeron las bases de funcionamiento del rentismo de la economía venezolana, sin que hasta el presente haya sido posible erigir otras bases que la sustituyan y le provean de un nuevo dinamismo de crecimiento; y por otro, se desarrolla una visión sobre la misma y las políticas económicas aplicadas, que no pretende ser neutra, sino al contrario enfatiza la necesidad de encontrar salidas que vayan más allá de lo coyuntural y tomen en cuenta la diversidad de opciones, fuera de la que se ha convertido en dominante -la versión neoliberal- a fin de poder abrir y considerar otros espacios de reflexión.

1. El funcionamiento rentista de la economía venezolana

Durante un período de aproximadamente 50 años (que transcurre entre el inicio de la década de los 30 hasta finales del 70) la economía venezolana experimentó un creci-

miento sostenido, cuyas características fueron las siguientes:

- a) Un ingreso continuo y elevado de renta petrolera internacional, tal como la catalogan Mommer (1988:37) y Baptista (S/f:11; 1997:29-36).
- b) Un Gasto Público financiado por esa renta, el que por consiguiente, también exhibió un comportamiento creciente.
- c) El gasto público cumplió con la función primaria de distribuir la renta en el seno de la sociedad, aunque desigualmente.
- d) Primero, sin una política explícita, y luego a partir de una política proteccionista, la economía no petrolera nació y se dinamizó sobre la base de la demanda derivada del gasto público: es lo que Maza Zavala (1980:301-302) denominó el efecto multiplicador del sector externo, vía gasto público, o, crecimiento secundario. En especial el gasto público fue el vehículo mediante el cual la renta se convertía en elevación del salario real fuera de toda relación con el crecimiento de la productividad (Baptista, 1983:6-7). Estas fueron las bases fundamentales para sustentar un continuo incremento de la demanda de consumo.

- e) El Estado reservó para sí o, desarrolló con una presencia mayoritaria, la construcción de la infraestructura física (vías de comunicación, puertos, obras de riego, etc.), servicios del sector secundario (electricidad, agua, comunicaciones) y variados servicios del sector terciario (correos, educación, asistencia médica hospitalaria, etc.), por no mencionar lo que constituye lo que todo Estado realiza (seguridad interna y externa, administración de justicia, etc.), mereciendo particular mención que el Estado se haya encargado del financiamiento de largo plazo creando diversas instituciones financieras.
- f) El sector privado tuvo un amplio campo de desarrollo en la agricultura, la minería, la industria, la construcción y el comercio y los servicios. Debe enfatizarse que el crecimiento del capital privado fue posible a partir de continuas y crecientes transferencias de renta desde el Estado: subsidios abiertos y encubiertos, corrupción, créditos no reembolsados, operaciones de salvamentos de empresas quebradas, sobrevaluación del bolívar, costos de la mano de obra cubiertos por el Estado, etc. (Maza, 1980:303).
- g) Si bien la demanda de inversión tuvo un fuerte componente importado, de todas maneras, sirvió de canal para amplificar, en lo interno, el efecto del crecimiento continuo del gasto público.
- h) Los límites objetivos al desarrollo de la economía interna lo marcaron los siguientes elementos: la muy desigual distribución del ingreso que impedía incorporar ganancias de productividad sobre la base de economías de escala (Baptista, 1983:5 y 8; 1985:29-30 y 35; Maza, 1980:300 y 303); la sobrevaluación del bolívar que cerraba la economía a las ex-

portaciones distintas del petróleo (Baptista, 1983:5; 1985:36; Aranda, 1984:316); la dispersión y desarticulación de la agricultura y la industria (Maza, 1980:304; Bitar y Mejias, 1985:110); la desaceleración del gasto, coyuntural o estructural, colocaba en peligro la reproducción ampliada de la economía (Maza, 1980:302-303); y, la dependencia de toda la economía, en especial del sector privado, de las divisas petroleras (Maza, 1980:299), por lo que toda expansión del consumo y de la inversión están sujetas a una creciente disponibilidad de divisas.

2. Aproximación teórica a la categoría crisis

No hay duda que la palabra crisis es un término polisémico que abarca desde el estar mal individualmente hablando (afectiva, psicológica, social o económicamente), hasta su estricto sentido económico como momento particular en que decrece la actividad económica dentro del comportamiento cíclico del capitalismo. El que posea distintas acepciones en el habla común, hasta su uso con un muy diferenciado sentido en el lenguaje científico genera múltiples equívocos, sobre todo por la dimensión catastrófica que asumió en ciertas vertientes del marxismo (Mato, 1990:113) y su uso cotidiano en los medios de comunicación por los periodistas y los protagonistas del mundo político (Caballero, 1998: VII-VIII y, 1-2), quienes en muchas oportunidades denominan crisis a cualquier situación común.

Al analizar el uso de la categoría crisis encontramos que tiene un largo historial en el marxismo. El propio Marx la usó, entre otras formas, para referirse a aspectos de lo que advertía como tendencias de largo plazo de funcionamiento del capitalismo y, a la vez, para

referirse a las crisis cíclicas (Mato, 1990: 106-107 y 111).

Desde ese origen, en la tradición marxista esta categoría es usada aludiendo a las crisis de sobreproducción, a las crisis de realización y a la crisis general del capitalismo, en distintas, polémicas y contradictorias, vertientes del marxismo (Mato, 1990:111-113).

También es usada en distintas concepciones de economistas no marxistas que se refieren a los ciclos de negocios, industriales (Shumpeter), o, a las crisis de los ciclos largos de Kondratief y, posteriormente, con la política Keynesiana que suaviza las crisis (y prácticamente las hace desaparecer), con las denominaciones de recesión. Es, en este último sentido, que Habermas (1986:51, 71, 73, 77, 81) afirma que en el capitalismo tardío desaparecen las crisis económicas y en la dinámica de las sociedades correspondientes, son sustituidas por la crisis política, expresión de la crisis fiscal.

En términos resumidos y esquemáticos, se trata de que el sistema político debe ser capaz de garantizar con su intervencionismo la continuidad de la valorización del capital, pero al mismo tiempo debe generar consenso y lealtad sobre la base de la prestación de servicios del Estado de bienestar; éste debe recabar recursos que le permitan aplicar políticas para lograr un desplazamiento de la crisis económica, es decir, intentar posponer su ocurrencia y, al mismo tiempo, debe desarrollar políticas de prestaciones de servicios, o sea, las típicas del Estado de bienestar. Más, como los recursos fiscales son finitos y la planificación estatal no es técnicamente perfecta, podrá no alcanzarse la satisfacción de las demandas societales, lo que equivale a decir que podrían reaparecer las crisis, que en este análisis son procesos de debilitamiento de la legitimación. Independientemente de cual fuere el re-

sultado, si se presenta o no una crisis de legitimidad, Habermas concluye que el lugar de las crisis estaría en el sistema político y ya no en el económico.

La interrogante pertinente es: ¿Pueden aplicarse estos razonamientos a la sociedad venezolana? De un lado, podría hacerse si la consideráramos, aunque fuera parcialmente, como una sociedad de capitalismo tardío; de otro lado, si permaneciese un conflicto distributivo a ser decidido en el sistema político y éste, tuviese que desarrollar políticas compensatorias de las fallas del mercado en función de la valorización del capital en competencia con la prestación de valores de uso. No parece ser éste el caso, hasta por lo menos inicios de los años ochenta, en que comienza a expresarse una penuria fiscal, cuando precisamente, hace crisis la forma particular de Estado en Venezuela, más de tipo clientelar y paternalista, que de bienestar.

De manera que, sin negar la fecundidad de la concepción de Habermas, que permite interrogarse sobre la complejidad de la intervención y de la actuación del Estado, inclusive en nuestro medio, se considera más pertinente mover el argumento hacia la existencia de un Estado rentista y un modelo rentista de desarrollo de la sociedad tanto en el ámbito socioeconómico, como en el ámbito sociopolítico y, recurrir al planteo de Habermas, como complemento, esencial por cierto, que coadyuva a la explicación de la crisis en la sociedad venezolana.

3. La categoría crisis en Venezuela

El argumento sobre la crisis, que se pretende desarrollar a continuación, parte de considerar la existencia de un modelo de crecimiento y de acumulación basado en la renta petrolera (Lander, 1995: 91 y 94) que garanti-

zaba su reparto, aunque desigual, a todos los estratos de la población, centralizando en lo político la toma de decisiones pertinentes para el desarrollo de tal modelo; esta función distribuidora de la renta petrolera, que generaba lealtades, se combinó con el régimen democrático como forma de procesar consensos y procesar acuerdos entre los actores sociales, a la vez de posibilitar "... la tendencia a la imposición de la lógica del capital como principio regulador de la sociedad, aunque en las condiciones de heterogeneidad típicas del subdesarrollo" (Sonntag y Maingon, 1992:83).

Se necesita entonces revisar las distintas ideas sobre la crisis de la economía venezolana. Desde fines de los años setenta en la economía venezolana comienzan a presentarse algunos hechos que dan pie al uso de la categoría crisis: entre otros, una inflación más alta que en el pasado, reducción del ritmo de crecimiento del PIB, inicio de la caída de la rentabilidad del capital, inicio de la reducción del salario real, comienzo de la disminución de la inversión privada y de la tasa de inversión de la economía, un aumento del componente importado del PIB, a la vez que aparece una tendencia a déficits fiscales y de balanza de pagos recurrentes (lo que no debe interpretarse como que se constituyan en permanentes).

La década de los ochenta encierra para la economía venezolana dos movimientos concurrentes: un empeoramiento de los hechos señalados en el párrafo anterior, más el surgimiento de otros todavía más graves, como es el caso de una acrecentada fuga de capitales (que había sido algo tímida a fines de los setenta), la cual, salvo algunas disminuciones de su magnitud, continúa hasta hoy y, la aparición de una tendencia a la caída de la renta petrolera, la que, salvo en algunos y breves años de recuperaciones, también ha sido

continua. También hay que agregar un creciente servicio de la deuda, la ruptura de la paridad fija del bolívar frente al dólar y las sucesivas devaluaciones del signo monetario, más una tendencia al alza del desempleo de la mano de obra (que tiende a ubicarse por encima del 10% (aunque en varios de esos años se ubique por debajo de esa cifra) y un crecimiento del empleo informal hasta sobrepasar el 50%.

Por lo menos, puede decirse que esos son signos de una inestabilidad creciente de la economía, aunque también lo son de lo que en el mundo del pensamiento económico se conceptualiza como crisis, incluido el propio Marx (Mato, 1990:106-7; Beriain, 1993: 151-2). Queda en duda si podemos hablar de un ciclo de la economía venezolana o si se trata de una crisis del proceso de reproducción del capital. En todo caso, como afirma Habermas (1986: 47) "la ruptura del proceso de acumulación cobra la forma de destrucción de capital; esta es la forma de manifestación económica del proceso social real, que expropia a ciertos capitalistas (quiebra) y arrebata a las masas obreras sus medios de subsistencia (desocupación)".

Luego, hay que interrogarse si se pueden agrupar alrededor de veinte años bajo una única denominación de crisis económica. En parte, la misma repetición de caídas del PIB (1980, 1983 y 1984, 1989, 1993 y 1994 y, por último 1998 y 1999), de caídas de los precios del petróleo (1982 y 1983, 1986, 1993 y 94, 1998), junto a la presencia de desequilibrios fiscales y de balanza de pagos, en años que a veces coincidieron con las caídas anotadas y, con años de una más fuerte inflación, nos hace ver que desapareció la vieja estabilidad que había caracterizado a la economía venezolana y, por supuesto, tiende fuertemente a recurrir a la categoría crisis para aludir a esa situación.

Además, por otra parte, la cuestión reside en que esa situación inestable de la economía venezolana fue acompañada por las indudables transformaciones que han acontecido tanto en el plano interno como en el externo y por los intentos realizados a nombre de transitar a un nuevo modelo de desarrollo por los sucesivos gobiernos y, todo ello ha conducido a una evidente complejización de la sociedad venezolana.

Esta realidad más compleja se comprende mucho mejor si observamos que durante esos años surgieron nuevos movimientos y actores sociales, se hicieron evidentes diferenciaciones al interior de anteriores actores y, a la vez, se comenzó a transitar hacia una crisis política.

Por lo anteriormente expuesto, resulta evidente que no es la misma situación la de la Venezuela en crisis de 1998 y 1999 (fuerte crisis fiscal como consecuencia de la caída de los precios petroleros, fuerte caída en el PIB), comparada con aquella situación de la Venezuela en crisis de 1980 (caída del PIB, pero fuerte aumento de los precios del petróleo), por no mencionar más que dos de las muchas coyunturas de este período de tiempo. De nuevo interrogamos, ¿Permiten los anteriormente mencionados hechos hablar de crisis económica en Venezuela? Diversos autores, de diversa formación disciplinaria han respondido que sí, por lo que describiré un panorama general de esa afirmación.

Desde principios de los años ochenta surge en Venezuela una literatura sobre la crisis de la economía venezolana. Libros, trabajos o monografías (algunos de ellos publicados como artículos de revistas) de Asdrúbal Baptista (1983), Ricardo Hausmann y Gustavo Márquez (1983), Armando Córdova (1984), Bernard Mommer (1988), Sergio Aranda (1984), entre otros, afirman que la

economía venezolana había entrado en un proceso de crisis, como a continuación reseñaremos brevemente.

Por ejemplo, Baptista (S/f:15 y 16; 1983:18 y 19; 1985:37 y 38) analiza una tendencia crónica a la depresión, que se concreta a fines de los setenta, a partir del desbalance estructural entre la oferta potencial y la demanda efectiva, hecho que consideraba como intrínseco a una economía rentista y además asienta "... la pérdida progresiva de la capacidad del ingreso petrolero para sostener el desenvolvimiento económico nacional..." o, "... la aminoración paulatina e inexorable de la importancia económica del petróleo en términos del ingreso nacional total" (Baptista, 1985:37); Hausmann y Márquez (1983:41 a 72) consideran que la explicación de la crisis reside en el agotamiento histórico del régimen de acumulación basado en la industrialización por sustitución de importaciones, agotamiento que data de fines de los años setenta y que se evidenció en la crisis económica y financiera de 1983; Córdova (1984:17 a 21) parte del fracaso de la estrategia de desarrollo implantada desde el primer Plan de la Nación y afirma que se trata de la crisis estructural del modelo basado en un sector primario exportador y una industrialización sustitutiva de importaciones; Aranda (1984:301-2, 314-5 y 321-2) comparte la idea del fracaso de las políticas implementadas, así como de la estrategia de desarrollo, ya que la sobrevaluación del bolívar hacía imposible una producción nacional competitiva, lo que favorecía el crecimiento de la construcción y los servicios, debilitando el crecimiento de la productividad; en Mendoza Potellá (1995:38 y 50) la crisis puede ser definida en dos sentidos: en el primero, se hace presente "... el deterioro de la capacidad sustentadora de toda la economía que sufre el ingreso petrolero...", mientras que en el se-

gundo, se trata de la “tendencia manifiesta al agotamiento de la capacidad generadora de excedente de la industria petrolera...” y es esa tendencia el “... principal factor de la evolución reciente de la economía venezolana, determinante del desencadenamiento de la crisis global... que hoy vive el país” (Mendoza, 1995:55).

Citando nuevamente a Mieres, se concluye que “... el petróleo como fuente de energía, no está muerto, pero el modelo petrolero como espina dorsal de la sociedad venezolana, si está agonizando” (Mendoza, 1995, 62); por su parte, Mommer (1988:37 a 47) analiza que la crisis se origina en la “enfermedad holandesa”, la cual es el resultado de la percepción por la economía nacional de una renta internacional en calidad de transferencia unilateral (en lo cual coincide Baptista); cuando dicha percepción de la renta crece fuertemente se traduce en el estímulo de la producción de bienes no transables y el desestímulo de los bienes transables, por lo cual se produce un colapso en el crecimiento de la productividad y un debilitamiento de toda la economía y lo citamos para precisar un importante punto de vista: “La crisis del capitalismo rentístico fue, en su origen, una crisis de abundancia. Sin embargo, la incapacidad del país para formular una nueva política económica que sustituyera a la tradicional y ya obsoleta ‘siembra del petróleo’... la convirtió a los pocos años en una crisis de aguda escasez. La transición de la Venezuela rentista a la post-rentista se convirtió así en un proceso difícil y penoso para las mayorías” (Mommer, 1988:49).

Adicionalmente, y considerando publicaciones más recientes, diversos trabajos han integrado la óptica de una crisis económica a sus perspectivas de análisis. Me refiero a autores que intentan captar la crisis de la sociedad venezolana o su crisis política y en sus argu-

mentaciones (la más de las veces sin un sesgo determinista) ocupa un lugar importante lo que denominan *crisis del modelo de desarrollo*, *crisis del modelo rentista*, *crisis del rentismo petrolero* o, llanamente, crisis económica. Entre otros se encuentran los siguientes autores: Lander (1995:91 y 94); Kornblith (1996:8-10 y, 12-13; 1998:23, 26 y 166 y ss); Rey (1998:350); Sonntag y Maingón (1992:63, 67, 68, 85, 89, 91, 94); Caballero (1998:125-140); Rodríguez (1996:172-173); Del Búfalo (1992:144-145) y, Salamanca (1996:247-248 y 289-291).

4. La crisis como crisis del modelo rentista petrolero

Más que interpretar algunas de las situaciones coyunturales como crisis, parece más fecundo considerar la crisis como la crisis del modelo rentista de desarrollo de la sociedad; a la vez que implica el socavamiento de las bases económicas del modelo, también se ha expresado como crisis política. Como todavía no se ha avanzado sustancialmente en la definición y concreción de un nuevo modelo de desarrollo, se ha abierto un período considerablemente largo, en el que *lo viejo* se resiste a perecer, pero *lo nuevo* no logra abrirse camino.

Algunas precisiones a estas ideas son necesarias. En primer lugar, la crisis no ha sido solamente crisis del proceso de acumulación de capital basado en la renta petrolera; si bien desde el ángulo disciplinar de la economía puede hablarse de una interrupción de la reproducción ampliada del capital sobre bases rentistas, también es cierto que desde inicios de los ochenta comienza a mostrar sus primeros signos de agotamiento el “pacto de Punto Fijo”, como mecanismo de procesar consensos.

En segundo lugar, progresivamente el sistema político deviene incapaz de garantizar

lealtades como lo hacía en el pasado, a la vez que tanto el Estado, como sus principales actores, los partidos políticos, van dejando de ser adecuados canales para procesar y responder demandas, lo que vino a representar una pérdida de legitimidad.

Por último, desde 1979 comienza a caer el PIB por habitante, que ha sido un caída continua y progresiva (con leves y esporádicas recuperaciones) y desde 1982 también comienza la caída de la renta petrolera en términos reales, lo que conduce a la crisis fiscal, como veremos en el siguiente punto. No sólo la economía pierde la “magia” del crecimiento, también el Estado pierde la capacidad de desarrollar prestaciones de valores de uso y, como hemos citado a Mommer(1988), se entra a un proceso difícil y penoso para las mayorías.

De manera que se define la crisis como la crisis del modelo de desarrollo de la sociedad sobre bases petrolero rentistas. Es, en resumen, lo que ha ocurrido en estos últimos veinte a veintitrés años (que van desde 1978, 1980) en que las variables económicas como el PIB por habitante, el salario real, entre otras, dejan de crecer e inician la tendencia a la baja, y el sistema político pierde la capacidad para procesar consensos y se hace inadecuado para garantizar los procesos de legitimación.

5. Los principales rasgos de la crisis del rentismo petrolero

5.1. Aspectos económicos de la crisis

De modo bastante escueto, en lo que corresponde a lo económico, la crisis del modelo rentista puede esquematizarse del siguiente modo:

a) Desde el propio auge de los 70 el coeficiente de importaciones de la economía se incrementó de aproximadamente 23% a

30%. Con los intentos de ajuste que se hicieron desde los 80 dicho coeficiente estuvo oscilante apareciendo una nueva tendencia: cada vez que la economía crecía, más rápido lo hacían las importaciones, es decir, se elevó la elasticidad ingreso de las importaciones. Para los esfuerzos de sustentar la producción y los mercados internos esta situación encierra dificultades y contratiempos

b) Ha ocurrido una acelerada caída del salario real, que se traduce sin preámbulos en una desaceleración del consumo interno, lo que conlleva aparejado una enorme dificultad del aparato productivo interno para adecuarse a los nuevos escenarios de la economía. Acompañando a esa caída del salario real se encuentra una tendencia al ascenso del desempleo por encima del 10% (BCV, 1999:92) y una elevación del empleo informal hasta superar el 50% del empleo total (BCV, 1999:99), junto a una muy alta mortandad de pequeñas y medianas empresas, más una desaceleración de los ingresos de amplios segmentos de la industria y la agricultura.

En todo caso y hasta hoy, en una clara imitación de la reestructuración económica norteamericana, se ha descargado el peso de la incertidumbre económica internacional, de la caída de la renta petrolera, del ajuste, y de la tímida reestructuración económica empresarial interna, en su mayor parte, sobre los hombros de la población trabajadora y los pequeños y medianos empresarios. Así, la distribución de las cargas ha sido excesivamente desigual, pero además, sin sentido e irracional, porque no ha servido para revitalizar la economía, si no para que unos pocos “tomen posiciones” a costa de las mayorías, sin que hayamos avanzado firmemente hacia ningún objetivo de bienestar.

- a) En el auge de los setenta y hasta principios de los ochenta, el Estado utilizó directamente una porción más alta de la renta, si lo comparamos con décadas anteriores; en buena parte, dicha utilización sirvió para realizar inversiones productivas de una magnitud hasta entonces desconocida. Como además, ese uso de la renta se complementó con un masivo endeudamiento externo (uso de la renta futura) se vio afectado gravemente el papel tradicional distribuidor del Estado; como consecuencia, el peso del servicio de la deuda confluirá en una crisis fiscal aguda recurrente, lo que condujo al Estado a buscar nuevas fuentes de financiamiento, distintas al endeudamiento externo y a la renta.
- b) Tanto la función distribuidora del Estado, como la crisis fiscal, se agravan y pasan a tener un nuevo y más importante determinante, cuando desde los principios de los años 80, comienzan a caer los precios del petróleo y se instala una tendencia a continuar cayendo, aunque con breves recuperaciones. De allí que en los ochenta y los noventa se presenta una tendencia a la caída de la renta, tanto en términos de su tamaño respecto a la economía, como en su nivel per cápita. La caída de la renta es el detonante final de la crisis fiscal y del fin de la alta dinámica que había exhibido el mercado interno.
- c) Desde 1979, la tasa de inversión de la economía disminuye considerablemente; la crisis fiscal se manifiesta en una tendencia a la disminución de la inversión pública y la caída de la rentabilidad del capital, junto a la pérdida de la dinámica del mercado interno, conllevan a una abrupta disminución de la inversión privada (el ahorro privado se convierte en fuga de capitales, aún en los momentos en que el Estado lo subsidia).
- d) La tradicional estabilidad cambiaria de la economía se rompe en 1983 y hasta hoy ha sido imposible recuperarla; aún con las continuas devaluaciones o, con la apreciación del tipo de cambio del bolívar, es necesario recalcar que predomina la tendencia a que permanezca la sobrevaluación de la moneda, lo que agudiza, aun más, la pérdida de dinamismo del mercado interno.

5.2. Aspectos políticos de la crisis

Por último, pero no menos importante, la crisis política ha sido un acompañante de la crisis económica. Desde la óptica que me interesa a los efectos de las ideas aquí esbozadas, es decir, en tratar de explicar la crisis del rentismo, la crisis política ha sido, a la vez, un importante factor para explicar su gravedad y también para dificultar su superación.

En el primer sentido, el surgimiento de nuevos actores sociales y la diferenciación de los tradicionales trajo como consecuencia la dificultad de procesar consensos, de allí que el Estado y los partidos políticos hayan resultado crecientemente incapaces para agregar, canalizar y dar respuesta a los distintos intereses en juego y sólo han sido capaces para representar parcialidades.

En el segundo sentido, los procesos de diferenciación en el seno de la sociedad venezolana han conllevado a un atrincheramiento en sus intereses parciales a los distintos actores sociales. Tal atrincheramiento ha afectado la posibilidad de generación de consensos, a la vez que, desde la óptica los distintos actores, se consideren las políticas implementadas como simple respuesta a intereses parciales. En el siguiente punto agregaré elementos que ayudan a precisar esta óptica de análisis.

6. Las opciones de política

A continuación pretendo introducir elementos de análisis para considerar algunos lineamientos centrales sobre la política económica. Es necesario aclarar que no pretendo proponer un cuerpo de políticas, ni analizar en todos sus aspectos las que los distintos gobiernos han tratado de desarrollar en los últimos veinte años, sino tan sólo discutir algunos aspectos que me parecen claves para que sea posible retomar la senda del crecimiento.

6.1. Sobre la coherencia de largo plazo de las políticas

Para iniciar es necesario insistir sobre la incoherencia o inexistencia de una política de largo plazo. Fuera del señalamiento normal sobre el cambio de políticas con cada cambio de gobierno e, incluso, con cada cambio de ministros, quiero concentrarme en la tardanza para tomar decisiones o la inestabilidad de las políticas que atacan problemas sobre los que existe o ha existido algún consenso.

Por ejemplo, a raíz de la devaluación de 1983 comenzó a insistirse en que la solución era impulsar las exportaciones no tradicionales y que un tipo de cambio favorable a ellas era la clave para reorientar la economía. Sin embargo, se permitió que el tipo de cambio se sobrevaluara y que con ello se afectara la continuidad en el crecimiento de tales exportaciones. Pero no sólo eso. A partir del programa de ajustes que se implantó en el 89, se volvió a insistir sobre la necesidad de una política como esta y además se enfatizó en el objetivo de reducir la dependencia del petróleo. Mas fue casi simultáneo el comienzo de la apertura petrolera, que a la larga significó el abandono de la promoción de las exportaciones no tradicio-

nales y la continuidad de la gravitación de la economía en torno al petróleo.

También se ha insistido sobre la conveniencia de reducir el tamaño del Estado, mas sin embargo, no se toman las decisiones pertinentes y, por el contrario, el empleo público no se reduce en la medida que los análisis indican que debería reducirse. En igual dirección ha transcurrido el tratamiento de la crisis fiscal: pese a la insistencia sobre la necesidad de diversificar las fuentes de ingresos gubernamentales, cada caída de los precios del petróleo nos ha colocado de cara a la cruda realidad de crisis fiscales de intensidad mayor.

Es ese el contexto que nos indica que distintas políticas económicas, mejor o peor diseñadas, ejecutadas en los últimos veinte años, han sido presentadas como propuestas de construir un marco para un nuevo desenvolvimiento de la economía, sin que se hayan desarrollado completamente, ni que hayan logrado un apoyo importante de los distintos actores sociales, sino al contrario, todo ha ocurrido en medio de fuertes pugnas, saboteos abiertos o encubiertos y posiciones sumamente disímiles de los diversos "contendientes" sociales.

No existe un fórmula para conducir a los actores sociales hacia el camino de la construcción de consensos, pero, sin su construcción será imposible superar la inconsistencia de la política económica y será difícil plantear y conducir una política de largo plazo.

Aunque no sea el único factor, es cierto que las sociedades que normalmente se consideran "exitosas" han tenido, en mayor o menor grado, objetivos nacionales que señalan el camino a seguir y, sobre la base de ellos, los distintos miembros, actores, clases y grupos organizados de esa sociedad realizan sus esfuerzos y proyectos individuales y grupales, aunque sea en medio de acuerdos y conflictos,

ya que nunca existe una integración plena y homogénea de todos los actores sociales.

En esta línea de razonamiento, la política económica, en un momento dado, es la forma que asume el esfuerzo de corto plazo por alcanzar los objetivos nacionales. El pacto de Punto Fijo fue una de las formas, que en el pasado, asumió un determinado consenso por unos ciertos objetivos nacionales. Durante un tiempo se caminó en esa dirección y se lograron importantes avances para la sociedad, hasta que su base, el rentismo petrolero y, el Estado clientelar y los partidos políticos entraron en crisis y se retrocedió en el camino andado.

6.2. Sobre la intervención del Estado

En opinión de quienes comparten las propuestas de políticas económicas a partir de la macroeconomía monetarista, de la teoría de la oferta o la de las expectativas racionales (lo que yo denomino el pensamiento económico neoliberal), todas las cuales pos-tulan al mercado como el agente ordenador por excelencia de las economías del mundo contemporáneo (eluden denominarlas capitalistas), el Estado no debiera intervenir en la economía más que como mecanismo de control de los desequilibrios macroeconómicos, lo que significa que debe abstraerse de formular políticas de desarrollo o, de crecimiento o, en sus versiones más radicales, atender problemas como la pobreza, la vivienda o la educación.

Esas ideas que comenzaron a gestarse en la filosofía liberal de los siglos 17 y 18 se nos quieren presentar como ideas modernas frente al anticuado intervencionismo del Estado y, como la única forma de concebir al Estado.

También las experiencias de esas sociedades denominadas “exitosas” (éxito que nunca es reconocido plenamente por todos sus miembros) nos muestran que el agente

por excelencia para conducir las es el Estado. De allí que siempre observamos una presencia muy fuerte del Estado que condensa en su acción la dirección en la que se intentan alcanzar los objetivos nacionales (incluso en la formulación de éstos). Claro está, el Estado a la vez que es un agente de la sociedad, representa un conjunto de actores y clases sociales ordenados en una jerarquía que se organiza sobre una hegemonía y una constelación de fuerzas y de poder.

En el mundo globalizado de hoy, las relaciones y los actores internacionales tienen mucho peso e influencia sobre las sociedades nacionales, mucho más si se trata de sociedades subdesarrolladas como la nuestra. Es por ello que el FMI y el BM o, gobiernos como el de EEUU, han logrado inducirnos condiciones sobre la conducción de la política económica. Es esa la causa también por la que hay quienes piensan que en condiciones de globalización no queda más remedio que adoptar las propuestas neoliberales de política económica, porque no queda más ninguna alternativa, es decir, es casi imposible formularse objetivos nacionales.

Por consiguiente, se hace necesario discutir, más allá de dogmas y fundamentalismos ideológicos, la evidencia histórica sobre el intervencionismo del Estado en la economía.

Primero, creo que las evidencias sobre el papel del Estado en esas sociedades “exitosas” me parecen incontestables. Frente a la prédica neoliberal de la generación espontánea a partir del mercado, la evidencia histórica nos habla de otra cosa muy distinta.

¿Estarían los EEUU donde están sin los gastos militares? ¿Sin los enormes gastos en investigación? El desarrollo de los microcircuitos y de los semiconductores se logró a partir de dichos gastos (Castells, 1998:68-69, 78, 86). A partir de allí se acelera el desarrollo de

las computadoras hasta llegar a las personales y de escritorio. La internet que conocemos nace de un proyecto militar (Castells, 1998:73-74) para descentralizar las bases de datos y las comunicaciones para que, en caso de ser atacadas por fuerzas enemigas, sus múltiples accesos permitieran su recuperación y manejo, o sea, a partir de una estrategia de defensa.

Los gastos actuales en los proyectos “gé-noma humano”, “superautopista de la información” (como competidora comercial de la internet), “guerra de las galaxias”, entre otros, implican miles de millones de dólares de gasto público sin los cuales ni siquiera sería dado suponer el avance del conocimiento científico y de la investigación tecnológica en EEUU (Castells, 1998:66-74). Si a ello le agregamos las múltiples y millonarias subvenciones a universidades, laboratorios de investigación e investigadores no creo que haya lugar para la duda acerca del papel del Estado en el desarrollo actual del capitalismo norteamericano.

Debería ser obvio, pero hay que decirlo, que lo anterior no niega el aporte individual de aquellos muchos que logran importantes aportes tecnológicos sin estar conectados directamente a ese masivo apoyo público a la investigación y el desarrollo tecnológico. Pero éste no sería posible en su escala actual sin ese amplio apoyo público a la educación, a la expansión del conocimiento científico y tecnológico y a su difusión. Sin el aporte individual (derivado de lo colectivo y de lo estatal) tampoco se hubiera llegado a lo que es hoy la revolución informática, o su desarrollo sería más limitado de lo que es hoy, o se hubiese retrasado, pero ese aporte individual no ocurrió en la nada, en el aire, sino sobre la base proporcionada por el Estado.

El caso de los países asiáticos en general, y de Japón en particular, es todavía más

evidente (Castells, 1998:75). La intervención del Estado en Corea, Singapur, Taiwan, Tailandia, Malasia, y ahora China continental ha sido intensiva. Para los tres primeros nombrados se siguió muy de cerca el modelo del MITI japonés (cercano al Ministerio de Industria y Comercio de nuestro país, en lo que a denominación se refiere). Tal ministerio, o en otros casos los gobiernos, establecieron claras y rígidas políticas de incorporación de tecnología (copia, modificación y desarrollo), de formación de técnicos y de investigadores y de fomento industrial y de exportaciones. Mediante procesos de concertación con el sector privado (nacional, mayoritariamente en el caso japonés e internacional también, en los otros casos) se escogían los sectores a fortalecer, a desarrollar o a crear, para concentrar allí los esfuerzos públicos y privados, de manera de fortalecer las economías nacionales y sustentar ampliamente las capacidades competitivas de la economía e, incluso, creando estas capacidades si fuese necesario (Castells, 1998: 210-218).

No creo que sea necesario insistir que en Europa la intervención del estado también ha sido muy fuerte. Recientemente, incluso, los órganos de conducción de la Comunidad Europea ha tomado en sus manos políticas en los terrenos de la innovación tecnológica (Castells, 1998:85) y de la producción televisiva y cinematográfica (Murciano, 1997:72-76) como manera de impulsar la competitividad europea frente a EEUU y Japón.

Todas estas evidencias de la historia reciente, indican claramente que la propuesta neoliberal de la generación espontánea a partir del mercado no tiene ningún asidero. Es más, sólo una muy amplia intervención del Estado es capaz de garantizar el avance hacia la consecución de los objetivos nacionales, sobre todo en esta época de cambio tecnológi-

co acelerado, que en la informática, la telemática, la ingeniería genética y la biotecnología experimenta el empuje de la política estatal: “El Estado, no el empresario innovador en su garaje, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo, fue el iniciador de la revolución de la tecnología de la información” (Castells, 1998:86-87).

Quizás, los datos más reveladores acerca de una muy amplia y creciente intervención del Estado en las economías capitalistas contemporánea sea la ofrecida por Baptista (1999:270). La información relativa al gasto público total como porcentaje del PIB, abarca 16 países desarrollados y cubre los promedios entre los años 1960-1966 y 1990-1994. La información permite observar que de datos de 15,8% de España, o 18,6% de Suiza, en el primer lapso, se pasa a 34,3 en Suiza o, 34,9 en Japón, citando sólo aquellos casos que muestran los porcentajes más reducidos. En EE.UU. se pasa de 28,7 a 37,3, pero en Alemania se pasó de 35,0 a 48,0% y en nueve de los países el gasto público supera el 50%, con dos de ellos (Dinamarca y Suecia), superando el 60% (datos del último lapso). El promedio para el conjunto de países fue de un 29,8% en el lapso inicial, a un 50,2% en el lapso final.

De manera pues que no es cierto que toda intervención del Estado esté condenada al fracaso, ni que sociedades como la venezolana, económicamente débiles, estén condenadas a la no intervención del Estado y a que no puedan intentar caminos a su superación a partir de un esfuerzo concertado de los diversos actores sociales. Muy por el contrario, esa creo que es la única posibilidad real de sacar al país de la debacle en que se encuentra.

Lo que si es indudable es que el mercado es incapaz de garantizar una distribución de la riqueza mas o menos adecuada. Desde los años 70 en los que arrancó una reestructu-

ración empresarial en EEUU e Inglaterra, con el objetivo de ponerse a tono frente a la creciente competencia japonesa y europea, y paralelamente arrancó la ofensiva neoliberal frente a los sindicatos y el Estado del bienestar, hemos asistido a un empeoramiento en la distribución del ingreso en el mundo.

Tanto en EEUU, como en Europa y en América Latina, la concentración de la riqueza y el ingreso ha sido sumamente violenta, proceso que ha sido acompañado de la casi completa exclusión de zonas no relevantes a la nueva lógica “globalizada” del capitalismo como en el caso de Africa. En nuestro país, como ya expuse antes, ha ocurrido una casi permanente caída del salario real desde 1978 hasta hoy, junto al crecimiento del empleo informal (de menores ingresos que el formal) amén de una tendencia al crecimiento del desempleo. En conclusión, hay que enfatizar que el enorme crecimiento de la pobreza se encuentra correlacionado con un funcionamiento “más libre” del mercado.

7. Reflexión final

Necesito insistir en dos ideas finales (por no denominarlas conclusiones): la primera recalca la necesidad de la sociedad venezolana de un mecanismo que le permita procesar consensos, que permita a los actores sociales compartir objetivos hacia el futuro. Es este un requisito indispensable para superar las incoherencias e inconsistencias en la política económica de los últimos veinte años.

La segunda se refiere a la necesidad de la intervención del Estado en la conducción de la sociedad hacia los objetivos propuestos. Para ello es necesario desechar la idea de un Estado opuesto a la sociedad y se requiere fortalecer el Estado en su capacidad de toma de decisiones y de implementa-

ción de las medidas adecuadas a los objetivos de largo alcance.

Creo que las reflexiones anteriores pueden ayudar a discutir con mejor precisión las opciones para conducir a un nuevo modelo de desarrollo. Tal modelo no puede basarse en la exclusión de más de la mitad de la sociedad como está ocurriendo hoy; tampoco puede basarse en un diseño elaborado por unos cuantos "iluminados" impuesto al resto de la sociedad. En última instancia será un complejo proceso de generación de consenso que envolverá muchos tira y afloja y muchas situaciones inestables.

Bibliografía citada

- Aranda, Sergio (1984). **La Economía Venezolana**. Editorial Pomaire. Caracas.
- Baptista, Asdrúbal (S/F). "La dinámica de la economía. Una apreciación analítica". IESA. Caracas. (Mimeo).
- Baptista, Asdrúbal (1983). "La economía venezolana. Estructura, coyuntura y cursos posibles de política económica". Iesa. Caracas.
- Baptista, Asdrúbal (1985). "Más allá del optimismo y del pesimismo: las transformaciones fundamentales del país". En: NAIM, M. y PIÑANGO, R. **El caso Venezuela: una ilusión de armonía**. Ediciones IESA. Caracas. 2ª edición.
- Baptista, Asdrúbal (1997). **Teoría económica del capitalismo rentístico**. Ediciones IESA. Caracas.
- Baptista, Asdrúbal (1999). "El Estado y la economía". **Sic**. N° 616, julio. Caracas.
- BCV (1999). Anuario de Estadísticas. Precios y mercado laboral. Caracas.
- Beriain, Josetxo (1993). "De la Sociedad Industrial a la Sociedad de Riesgo (Una Investigación Sobre los tipos de Crisis Social en las Sociedades Complejas)". **Revista Española de Investigaciones Sociológicas**. N° 63. Julio-Septiembre. Madrid.
- Caballero, Manuel (1998). **Las Crisis de la Venezuela Contemporánea**. Monte Ávila Editores Latinoamericana-Contraloría General de la República de Venezuela. Caracas.
- Castells, Manuel (1998). **La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura**. Vol. 1. La Sociedad Red. Alianza Editorial. Madrid.
- Cordova, Armando (1984). "La Crisis Actual. Orígenes y Perspectivas". Centro de Estudios Latinoamericanos. Maracaibo. Mimeo.
- Del Bufalo, Enzo (1992). "La Política de Ajuste y el Cambio Estructural". **Revista Nueva Economía**. Año 1, N° 1. Academia Nacional de Ciencias Económicas. Caracas.
- Habermas, Jürgen (1986). **Problemas de Legitimación en el Capitalismo Tardío**. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 2ª Reimpresión.
- Hausmann, R. y Márquez, G. (1983). "La Crisis Económica de Venezuela". **Cuadernos del Cendes**. N° 1. Caracas.
- Kornblith, Miriam (1996). "Crisis y Transformación del Sistema Político: Nuevas y Viejas Reglas de Juego". En: Alvarez, Ángel E. (Coordinador). **El Sistema Político Venezolano: Crisis y Transformaciones**. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos. Caracas.
- Kornblith, Miriam (1998). **Venezuela en los 90. Las Crisis de la Democracia**. Ediciones IESA. Caracas.
- Lander, Edgardo (1995). **Neoliberalismo, Sociedad Civil y Democracia. Ensayo**

- Sobre América Latina y Venezuela.** Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Mato, Daniel (1990). "La Crisis como Signo: Análisis textual sobre la Noción de Crisis como Problema Epistemológico". **Cuadernos de Postgrado.** N° 1. Fondo Editorial Tropykos-Ceap. Caracas.
- Mato, Daniel (1998). "Sobre la Fetichización de la 'Globalización' y los Problemas y Retos que Plantea para el Estudio de las Transformaciones Culturales y Sociopolíticas Contemporáneas". Ponencia ante el Seminario: "Las Ciencias Económicas y Sociales: Reflexiones de Fin de Siglo". 20 Al 22 de Mayo. Caracas. Mimeo.
- Maza Z., Domingo (1980). "La economía de Venezuela contemporánea y sus proyecciones". En **Venezuela crecimiento sin desarrollo.** UCV. Editorial Nuevo Tiempo. Séptima Edición.
- Mendoza P., Carlos (1995). **El poder petrolero y la economía venezolana.** UCV. Caracas.
- Mommer, Bernard (1988). "La Economía Venezolana: De la 'Siembra del Petróleo' a la 'Enfermedad Holandesa'". **Cuadernos del Cendes.** N° 8. Caracas.
- Murciano, Marcial (1997). "Globalización y Políticas de Comunicación Regionales". **Comunicación,** N° 98, Segundo Trimestre. Caracas.
- Rey, Juan C. (1998). **El Futuro de la Democracia en Venezuela.** Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Universidad Central de Venezuela. Caracas. 2ª Edición.
- Rodríguez, Francisco (1996). "Política, Militares y Democracia en Venezuela". En: Alvarez, Ángel E. (Coordinador). **El Sistema Político Venezolano: Crisis y Transformaciones.** Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos. Caracas.
- Salamanca, Luis (1996). "Crisis de la Modernización y Crisis de la Democracia en Venezuela". En: Alvarez, Ángel E. (Coordinador). **El Sistema Político Venezolano: Crisis y Transformaciones.** Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Instituto de Estudios Políticos. Caracas.
- Sonntag, H. y Maingon, T. (1992). **Venezuela: 4-F 1992. Un Análisis Sociopolítico.** Editorial Nueva Sociedad. Caracas.